

LA FUERZA SANADORA DEL ESPÍRITU José Antonio Pagola

10 Tiempo ordinario – B (Marcos 3,20-35). 2024.

El hombre contemporáneo se está acostumbrando a vivir sin responder a la cuestión más vital de su vida: por qué y para qué vivir. Lo grave es que, **cuando la persona pierde todo contacto con su propia interioridad y misterio, la vida cae en la trivialidad y el sinsentido.**

Se vive entonces de impresiones, en la superficie de las cosas y de los acontecimientos, desarrollando solo la apariencia de la vida. Probablemente esta **trivialización de la vida es la raíz más importante de la increencia de no pocos.**

Cuando el ser humano vive **sin interioridad**, pierde el respeto por la vida, por las personas y las cosas. Pero sobre todo **se incapacita para «escuchar» el misterio que se encierra en lo más hondo de la existencia.**

El hombre de hoy se resiste a la profundidad. No está dispuesto a cuidar su vida interior. Pero comienza a sentirse insatisfecho: intuye que necesita algo que la vida de cada día no le proporciona. **En esa insatisfacción puede estar el comienzo de su salvación.**

El gran teólogo Paul Tillich decía que solo **el Espíritu nos puede ayudar a descubrir de nuevo «el camino de lo profundo».** Por el contrario, **pecar contra ese Espíritu Santo sería «cargar con nuestro pecado para siempre».**

El Espíritu puede despertar en nosotros el deseo de luchar por algo más noble y mejor que lo trivial de cada día. **Puede darnos la audacia necesaria para iniciar un trabajo interior en nosotros.**

El Espíritu puede hacer brotar una alegría diferente en nuestro corazón; **puede vivificar nuestra vida envejecida; puede encender en nosotros el amor incluso hacia aquellos por los que no sentimos hoy el menor interés.**

El Espíritu es «una fuerza que actúa en nosotros y que no es nuestra». Es el mismo Dios inspirando y transformando nuestras vidas. Nadie puede decir que no está habitado por ese Espíritu. **Lo importante es no apagarlo, avivar su fuego, hacer que arda purificando y renovando nuestra vida.** Tal vez hemos de comenzar por invocar a Dios con el salmista: «No apartes de mí tu Espíritu».